



La vida soberana: experimentos de lo común en *Inclúyanme afuera* de María Sonia Cristoff

Cecilia Sánchez Idiart¹
UBA/CONICET
cecisi89@gmail.com

Resumen: Esta ponencia se propone indagar algunas relaciones entre la estética, la política y la vida en la literatura latinoamericana contemporánea a partir de una lectura de la novela *Inclúyanme afuera* (2014), de María Sonia Cristoff. Orientada hacia una interrogación de lo común que, por un lado, problematiza las tecnologías de gobierno de lo viviente del biopoder y, por otro, apunta a reinventar las posibilidades de asociación afectiva entre los cuerpos, la novela desarrolla una estética de la experimentación que elabora una norma inmanente de vida. Más allá de la captura del cuerpo como capital humano por parte de los dispositivos de subjetivación del Estado y el mercado, *Inclúyanme afuera* narra el comienzo de una vida nueva que ensaya modos extrañados de la percepción y configura individuaciones alternativas de la materia de lo viviente. A través de una política del lenguaje indiscernible de una estética de los afectos que atraviesan los cuerpos, la narración compone intensidades y ritmos heterogéneos de lo viviente para desmontar la épica de la nación y los cálculos del mercado.

Palabras clave: Biopolítica – Experimentación – Afecto – Lo común – Literatura latinoamericana contemporánea

Abstract: This paper aims to inquire into some relations between aesthetics, politics and life in contemporary Latin American literature from a reading of the novel *Inclúyanme afuera* (2014), by María Sonia Cristoff. Oriented towards an interrogation of the common that, on the one hand, problematizes the technologies of government of the living of biopower and, on the other hand, seeks to reinvent the possibilities of affective association between bodies, the novel proposes an aesthetics of experimentation that elaborates an immanent norm of life. Beyond the capture of the body as human capital by the techniques of subjectivation of the state and the market, *Inclúyanme afuera* narrates the beginning of a new life that practices estranged modes of perception and configures

¹ **Cecilia Sánchez Idiart** es licenciada y profesora en Letras por la UBA y estudiante de la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana en la misma universidad. Es becaria doctoral del CONICET con un proyecto sobre las configuraciones de la vida común, la política y los afectos en la literatura latinoamericana contemporánea. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y participado en numerosos congresos.



alternative individuations of the matter of the living. Though a politics of language indiscernible from an aesthetics of the affects that traverse bodies, the novel composes heterogeneous intensities and rhythms of the living in order to dismount the epic of the nation and the rationality of the market.

Keywords: Biopolitics – Experimentation – Affect – The common – Contemporary Latin American literature



En *Filosofía de la deserción*, bajo la consigna de “cómo vivir solos”, Peter Pál Pelbart encuentra en el gesto de retirada frente a los modos normativos de la vida social la posibilidad de un pensamiento de lo común como experimentación que reconfigura lo viviente a partir de nuevas composiciones y distribuciones afectivas. Es en esa zona ambivalente entre el protocolo y el desvío, entre el cuidado de una vida solitaria y la contingencia de los encuentros donde se instala *Inclúyanme afuera* (2014), la última novela de María Sonia Cristoff. A través de la interrogación de la frontera borrosa entre el poder sobre la vida y sus potencias, la narración vuelve visibles algunas relaciones entre la política, el lenguaje y lo viviente en la literatura latinoamericana contemporánea para reformularlas bajo los términos de una estética de la experimentación.

Orientada hacia una indagación de lo común que, por un lado, problematiza las tecnologías de gobierno del biopoder y, por otro, apunta a reinventar las posibilidades de asociación afectiva entre los cuerpos, la novela recorre sucesivas exploraciones en torno a la elaboración de una norma inmanente de vida. Más allá de la captura del cuerpo como capital humano por parte de las tecnologías de subjetivación de un Estado indiscernible de las fuerzas del mercado, *Inclúyanme afuera* narra el comienzo de una vida nueva que ensaya modos extrañados de la percepción y configura individuaciones alternativas de la materia de lo viviente. Contra cualquier apariencia de pasividad, el experimento de Mara, la protagonista de la novela, interroga la potencia de una vida que se revela improductiva ante la razón del neoliberalismo. A través de una política del lenguaje indisociable de una estética de los afectos que atraviesan los cuerpos, la narración compone intensidades y ritmos heterogéneos de lo viviente para desmontar la épica de la nación y los cálculos del mercado.



Capturas de vida

En el terreno de una microfísica del poder que actúa sobre el nivel de la gestión de los cuerpos e interviene en los procesos de producción, modulación y reproducción de la vida, *Inclúyanme afuera* se interesa por los saberes, técnicas, prácticas y discursos que trazan contigüidades y cesuras entre lo biológico y lo social. A lo largo de la novela se intercalan varias series de apuntes que van conformando una suerte de diario de lectura e interrumpen la continuidad narrativa para introducir un registro crítico o ensayístico. Estas notas elaboran un pequeño catálogo de formas y posibilidades de vida, modos de sujeción y aparatos de captura. La primera de estas digresiones está consagrada al Museo Udaondo de Luján, donde Mara trabaja como guardiana de sala, y sugiere que la institución, en cuyo escudo conviven el gaucho y el indio, cimenta una épica de la patria aferrada a la exhumación y acumulación de “muertos y trastos” (Cristoff *Inclúyanme* 21). Consolidado el proceso de formación del Estado, aquellos cuerpos incluidos bajo la forma de la exclusión y convertidos en el objeto de una política de exterminio (Rodríguez 400) retornan hacia el primer centenario como las figuras centrales de una ficción criolla y nacional conjugada ante la amenaza representada por el aluvión migratorio.

Otro de los apuntes refiere a Aimé Tschiffely, viajero suizo que en 1925 cabalgó desde Buenos Aires a Washington con Gato y Mancha, dos caballos criollos que el Museo Udaondo conserva taxidermizados. El cuerpo animal intervenido por una técnica que aspira a instaurar un control sobre la muerte se inscribe en una temporalidad evolutiva prolongada más allá de su ciclo orgánico: “Pensar que eran pobres bestias de carga, manipulados por indios, por gauchos, por cualquiera, y ahora amplían su espectro cada vez más, evolucionan” (Cristoff *Inclúyanme* 83), dice el taxidermista que llega al museo para hacerse cargo de la restauración de los caballos,



severamente dañados tras una inundación. Si el avance de un Estado que busca gobernar sobre la vida de una población depende del trazado de traducciones simultáneas y pasajes continuos entre naturaleza y cultura, los tiempos de la nación resultan indisociables de una naturaleza historizada que se vuelve inteligible como progresión evolutiva. Así, la narración hipotetiza que, si se hubieran extendido hacia América del Sur no solo los caballos sino también los camellos, “necesariamente se habría desmantelado la fijación en el equino patriótico [...], y eso quizá habría dado lugar a una conformación cultural más bifronte, más cosmopolita. Hubiese sido otra la nación si también se extendía el camello” (86). La lucha de las especies por la supervivencia corre paralela, de este modo, a la lucha discursiva por los sentidos de lo nacional.

Entre la vida y la muerte, entre lo orgánico y lo inorgánico, la taxidermia deshace y recompone la materia de los cuerpos en una práctica que involucra a sus umbrales móviles de figurabilidad y concierne, así, a una política sobre la vida que se vuelve indiscernible de una estética afectiva. En la búsqueda de preservar un cuerpo de su descomposición y de eternizarlo bajo una apariencia de vida, el “horizonte escenográfico” (92) que despliega la taxidermia combina sustancias químicas con cueros de animales, técnicas de desollamiento con estructuras de hierro, paja y yeso sobre las que se montan las pieles. Pero desde el tono antipatriótico –para retomar la expresión de Ludmer– a través del cual la novela exhibe el museo como dispositivo que interviene sobre los cuerpos y sus restos para construir la ficción de una identidad nacional, se advierte que de ese relato épico no subsisten en el presente más que un puñado de piezas en ruinas petrificadas en un museo perdido de la provincia de Buenos Aires.

En torno a los ciclos de producción y reproducción de lo criollo se moviliza toda una serie de nuevas técnicas de saber-poder orientadas hacia



una gestión de la vida biológica gobernada por una racionalidad de mercado. La novela transcribe algunos pasajes de un folleto de la Asociación de Criadores de Caballos Criollos donde se afirma que la selección genética de los caracteres de la especie responde a las exigencias del capital, porque “una Raza nace y perdura en el mercado cuando cubre una necesidad con eficiencia” (155). Bajo las condiciones de una creciente molecularización de la vida que delinea una nueva economía política de lo viviente en la que “el saber biológico y las formas de vida pueden ser patentadas y comercializadas” (Lemke 170), la novela indaga el desarrollo de nuevas fuentes de valor en la producción y administración de clones, embriones, genes y biotipos. La visibilización de las relaciones entre lo viviente, el mercado y las políticas de Estado busca interrogar la transversalidad de un régimen de inteligibilidad de la vida como capital humano (Foucault *Nacimiento*) que disemina reticularmente una lógica económica sobre el terreno entero de lo social.

De la alianza entre empresa y Estado para la clonación en 2010 del primer caballo criollo en Argentina al ascenso indeseado a asistente del taxidermista que en el museo le ofrecen –o más bien le imponen– a Mara, los aparatos de captura y modos de subjetivación de la gubernamentalidad neoliberal anudan la producción de saberes biológicos al servicio del mercado a la modulación continua de una subjetividad empresaria de sí misma, inmersa en relaciones de competencia, que funciona como garante y custodio de su propia productividad (Lazzarato). Mara precisamente había elegido trabajar en el Museo Udaondo bajo la suposición de que allí nadie estaría “obsesionado por mejorar su puesto ni su sueldo ni su imagen ni sus cuotas ni su nivel de inglés ni sus contactos ni su piel [...] ni su habla ni su rendimiento ni sus modos ni sus recuerdos ni su alimentación ni sus palabras ni sus prótesis”, solo para descubrir que los ascensos compulsivos



frecuentes en las grandes corporaciones también se practican en “un museo decadente de provincia” (Cristoff *Inclúyanme* 48). La tarea por delante será, entonces, la de hallar una vía de interrupción del ciclo continuo de perfeccionamiento y maximización de beneficios impuesto por una razón neoliberal que es antes un modo de gobierno de la vida que una ideología o una doctrina económica.

La invención de una norma

En permanente tensión con un dispositivo de subjetivación contable (Dardot y Laval) que funciona como una fábrica de capital humano, la vida nueva que emprende Mara es asumida como una experimentación orientada hacia una continua producción de normas y hábitos. La novela elabora una concepción práctica de la vida que problematiza las posibilidades de una estética y una política de lo común a partir de una pregunta por la relación de inmanencia o discordancia entre vida y norma.

El experimento que narra *Inclúyanme afuera* aspira al ejercicio, durante un año, de un arte de callar: se trata del cuidado de una vida solitaria que cultiva una disposición al silencio siguiendo el protocolo de un manual de retórica confeccionado por la propia Mara. Su anterior trabajo como traductora simultánea exigía un “estado de alerta frente al discurso” (94) que instauraba toda una serie de sujeciones del lenguaje. La principal de ellas, según la cual “*un intérprete jamás, por nada, puede quedarse mudo*” (30; las cursivas son del original), constituye precisamente el reverso del mutismo que pone en práctica Mara una vez que se instala en el pueblo. Si el lenguaje se concibe antes como fuerza de afección que como modo de representación (Sauvagnargues), entonces el ejercicio del silencio supone también la producción de “una disciplina del cuerpo” (Cristoff *Inclúyanme* 14) orientada hacia la inmovilidad. Desde la transversalidad de una norma de



vida que delinea tanto un régimen del discurso como un orden del cuerpo, el mutismo desarregla los protocolos sociales de lo enunciable para abrir el lenguaje a nuevas intensidades afectivas.

En efecto, Mara descubre pronto en el arte de callar una elocuencia insospechada porque su experimento de una vida muda e inmóvil no se corresponde con ninguna “práctica de asceta en su torre” (48), sino que se lleva adelante “en interacción con el mundo” (49). La producción de una vacuola de no comunicación como las que imagina Deleuze (*Conversaciones*) en una entrevista con Negri como vía de interrupción de la modulación continua y a cielo abierto de la sociedad de control figura en *Inclúyanme afuera* como la invención de una estética singular de lo común que apunta al cuidado de una relación ambivalente de inclusión-exclusión, de proximidad y distancia con la vida social y productiva. Simultáneamente adentro y afuera, Mara halla en la impasibilidad que impone el silencio un modo de hacer hablar a los otros y de aumentar su potencia de ser afectada.

Frente a la fantasía neoliberal de control del tiempo bajo el imperativo de la eficiencia, la vida experimental que narra la novela fabrica una temporalidad escandida por discontinuidades y desvíos, asediada por la posibilidad del error (Foucault “La vida”). El ensayo de una vida impasible se emprende en condiciones deliberadamente adversas, “contraviniendo todas las reglas” (Cristoff *Inclúyanme* 51), bajo el riesgo permanente de perder el trabajo. Sujeto a un “margen de imprevisibilidad” (58) que desacomoda el cálculo de resultados esperables a partir del ingreso del azar, el experimento se expone desde el comienzo a la eventualidad de su fracaso y la norma a la posibilidad del desacato. En el deslizamiento entre una práctica de gobierno de sí como sujeción a un protocolo autoimpuesto y el abandono a fuerzas de vida que exceden toda relación de dominio (“Celebra mentalmente que esas capas y capas de tierra la vayan volviendo borrosa,



un accidente más del paisaje”; 15) se vuelve visible una interrogación de la vida común que asume como problema clave la articulación con la norma.

Materias afectivas

Más allá de los regímenes sociales de reconocibilidad de la vida, *Inclúyanme afuera* elabora una estética orientada a desarreglar la composición afectiva del cuerpo cristalizada en el hábito (“antes se sentaba de cualquier modo, automáticamente”; 29), a la vez que a producir nuevas disposiciones: Mara se esfuerza, por ejemplo, en el cultivo del “momento lumbar, como llama a ese punto en el que sus vértebras hacen contacto con el respaldo de una silla para no despegarse jamás” (29). La novela se abre con una escena de etología animal, de acuerdo al sentido que Deleuze, en su lectura de Spinoza, le da a esta noción entendida como “una composición de velocidades y de lentitudes, de poderes de afectar y de ser afectado” (*Spinoza* 152). Desde su silla de guardiana de sala, Mara es capaz de observar sin interrupciones los movimientos infinitesimales de una mosca, seguir su recorrido en círculos, oír el zumbido del aleteo y distinguir los colores de su abdomen.

De la atención puesta en la escala imperceptible del insecto al vértigo que produce el nuevo hábito de observar el cielo, la novela captura estados y pasajes afectivos por medio de un lenguaje que produce individuaciones al articularse con una “línea de mutación” (Giorgi y Rodríguez 26) de los cuerpos. El abandono de todo estado de alerta² aumenta la potencia del cuerpo de ser atravesado por intensidades afectivas que no responden al gobierno o la voluntad de un sujeto e introducen la extrañeza de una

² En *Falsa calma*, el libro de crónicas de Cristoff sobre pueblos fantasma de la Patagonia, la entrega a un estado de sopor funciona también como condición de una receptividad intensificada: “Sentada ahí [...], sin hacer ningún esfuerzo, me convertí en una especie de pararrayos, de antena receptora. Los cuentos llegaban a mí, la atmósfera me tomaba de ventrílocua” (9).



temporalidad anacrónica: “Se mira la palma, los dedos. Por la presión, piensa, la sangre debe haber dejado de circular y eso les ha dado una forma y un color [...] irreconocibles; le recuerdan la foto de una especie prehistórica que alguna vez vio en una revista científica” (*Inclúyanme* 53).

Por otra parte, el trabajo del taxidermista es contrastado con la práctica artística de su mujer, Talvikki. En tanto que él se obsesionaba “por alcanzar el original o incluso por mejorarlo”, ella quedaba fascinada por los residuos orgánicos que se desechaban en cada taxidermia –vísceras, órganos, huesos, tejidos, trozos de piel– y comenzaba a verlos como “material, un tipo extraño de material: algo en oscilación constante entre la vida y la muerte” (138). En esta zona incierta, invirtiendo el trabajo de preservación que realiza su marido, Talvikki descompone los restos de animales para “volverlos irreconocibles, [...] convertirlos en una gelatina, un polvillo, un líquido” (142). Esta práctica de lo común produce una zona de contacto entre estética y política, en la medida en que interviene sobre las fronteras inestables de figurabilidad e individuación de los cuerpos.

Finalmente, la estética de la experimentación que propone la novela apuesta por la reivindicación de una teoría de la revuelta espontánea. Furiosa por la interrupción de su experimento debida al ascenso que le imponen las autoridades del museo, Mara planea una venganza: modificar la fórmula del taxidermista para que los caballos se conviertan en despojos irreconocibles. Contra la “organización unificadora [...] y educadora” (122) del movimiento partidario que defiende Honoria, “de convicciones leninistas” (125), Mara se inclina hacia una rebelión solitaria que exalta la potencia destituyente del acto aislado. Es, así, en la fuerza de la acción a contrapelo donde *Inclúyanme afuera* encuentra la posibilidad de una vida ingobernable.



Bibliografía

Cristoff, María Sonia. *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia*. Buenos Aires: Seix Barral, 2005.

---. *Inclúyanme afuera*. Buenos Aires: Mardulce, 2014.

Dardot, Pierre y Laval, Christian. *La nueva razón del mundo. Ensayos sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2013.

Deleuze, Gilles. *Conversaciones. 1972-1990*. Valencia: Pre-Textos, 1996.

---. *Spinoza: filosofía práctica*. Barcelona: Tusquets, 2001.

Foucault, Michel. (2007). "La vida: la experiencia y la ciencia". *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Eds. Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2007.

---. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez. "Prólogo". *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Eds. Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Lazzarato, Maurizio. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu, 2011.

Lemke, Thomas. "Beyond Foucault: From Biopolitics to the Government of Life". *Governmentality. Current Issues and Future Challenges*. Eds. Ulrich Bröckling, Susanne Krasmann y Thomas Lemke. Nueva York: Routledge, 2011.

Ludmer, Josefina. *Aquí América Latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

Pelbart, Peter Pál. *Filosofía de la deserción: nihilismo, locura y comunidad*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2009.

Rodríguez, Fermín. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

Sauvagnargues, Anne. *Deleuze and art*. Nueva York: Bloomsbury, 2013.